

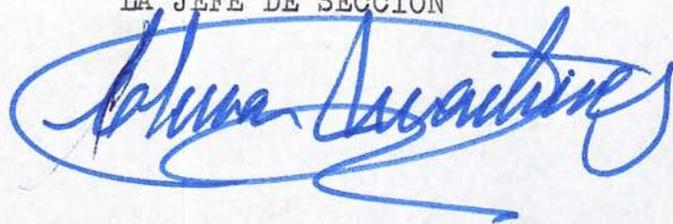
original

Las semillas del calabozo están sembradas en el jardín

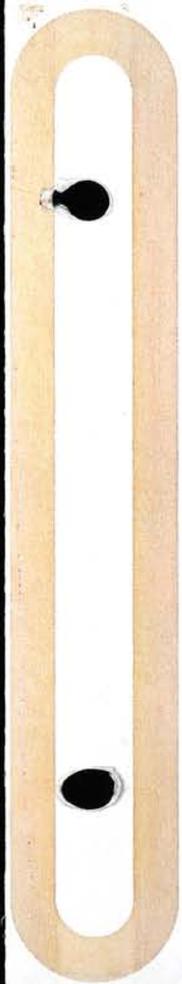
He recibido de D. Martín Ugalde un trabajo literario con destino al Concurso convocado por el Gobierno Vasco para 1983.

San Sebastián, 29 de Diciembre de 1982

LA JEFE DE SECCION



Fdo: Elena Martínez Miner



Original

Novela  
Los rejos del calabozo ~~son sembrados~~ en el jardín  
~~ESOS MUERTOS NO SON CULPABLES~~

Martín de Ugalde

A Venezuela, mi otra Patria,  
con devoción

2

y no está; en estos garabatos no tengo a nadie. Tengo que reconstruir a ese muchacho de carne y hueso, y de alma (sobre todo el aliento) que acaba de estar aquí; y no me sirven estas notas a lápiz, ni me servirían si estuviesen hechas a máquina; ¡menos!...

Lo tengo que recrear, soñar de nuevo, a lo divino.

Llegó decidido y se sentó. No pidió permiso siquiera, sino que se sentó y me miró; no como quien ve un animal fiero, temible, no, sino como quien ve a una pieza a la que él puede disparar; no sé si con una piedra o con la flecha de una cerbatana o una escopeta de matar indios, pero me mira como alguien que tiene alguien a tiro.

Y se ata instintivamente un botón de la camisa.

No sé por qué lo ha hecho; sé que este muchacho no se siente desnudo delante de mí; Aquiles no le tiene miedo a ponerse en pelota delante de un juez en un tribunal; con el reto se crece, se hincha, ¡se hincha!... Se ata el botón de la camisa y mira a un cuadro de Bolívar que tengo encima de mi cabeza; él no ve al Libertador, estoy seguro, sino que me ve a mí, ¡ahora me ve de General!

Este muchacho, se ve, no tiene el menor control de la atención.

Esos ojos están afilando algo; yo, que estoy viéndole la luz del ojo, sé que me puede disparar, y me siento despojado, desarmado; tengo armas archivadas en mi cabeza que me permiten mandar en mis pies, en mis dedos, en los músculos de mi cara, ¡miles de armas disponibles para desarmar a este niño mudo, salvaje, pero no puedo, y no quiero, disparar; no puedo desbocarme contra este niño desvalido y prepotente con un relámpago en mis ojos o con un falsete de voz tonante, a la manera

de algunos curas sin fe; lo último que haría sería aprovecharme de que tengo a Bolívar en la cabecera mirándole severamente, respaldando mi autoridad, como presumen algunos patrioterros. ¡Si, precisamente, el que está más armado es el que tiene que sentirse más seguro y el que debe estar más lejos de la tentación de usar sus armas para herir!... Ahí está Aquiles con dos puntos de luz vivísimos, rígidos, en los ojos, mirando a Simón Bolívar y viéndome a mí. Le pregunto por su edad, y me la dice, como en un desafío. El sabe que es un menor, y que le amparan todos los derechos, y que no debe nada a nadie. Me dice que nació aquí, en Caracas. ¿En Caracas?, le pregunto yo. Y él me dice que sí, que nació en los cerros; ¡como si los cerros fuesen Caracas! Y le pregunto en qué cerro. El no le sabe el nombre; eso es arriba del Manicomio, es un barrio sin bautizar. Le pregunto si ha subido allá algún cura, y me dice que no; y ¿alguna dama de la sociedad?, y me dice que tampoco; y ¿político?; no; ¿y universitario?; sí, para una "preguntadera" una vez; debe ser una encuesta. En alguna de estas encuestas y en otras muchas estadísticas debe estar Aquiles Rodríguez sin un nombre, sin un signo personal, sin siquiera uno de estos ojos que acaso están irriendo ahora al Libertador como a un lejano e ilustre abuelo don Simón que monta a caballo en la Plaza Bolívar y mira retadoramente desde cualquier retrato subido a los muros en todas partes, algo suyo lejano y fuerte que siente Aquiles que lo sigue, que lo sigue con la mirada, sin querer perder su basto, y, sin embargo, sin saber en su buena fe que él, Aquiles, ya anda embojotado con gentes y cosas, para que no se le vea

el hambre, porque ya es un promedio, una medida, a quien toca miles de bolívares al año y tres cuartos de nevera y medio televisor y por lo menos un traje al año, lo que sea, además de sus buenos kilos de carne y su buena harina para arepas y bollos de pan fresco y no sé cuántos kilos de azúcar y dulces, y cajetillas de cigarrillos y casi un cuarto de carro americano y la gasolina para ponerlo a andar por esas carreteras y autopistas que le pertenecen, y petróleo, ¡bastante!, ¡un chorro así!, además de un padre y una madre, por lo menos, y que el día que lo llegue a desempatrar se le puede enredar un machete entre los dedos, porque siempre hay gente dispuesta a juntar ese fuego a su propia hoguera destructiva de fanático.

Y esos ojos de Aquiles son de los que apuntan al aire y dan justicia en el entrecejo, ¡otro hueco para la gusanera!

Pero hoy por hoy, y gracias a Dios, y a las tinieblas, a ese Aquiles que mira y no ve lo tienen metido, discretamente archivado, en las hileras prietas y disciplinadas de las estadísticas; ¿y quién lo va a descubrir allá, si ni él mismo se reconocería vestido de número, aunque ese disfrazado sea este mismo Aquiles Rodríguez de quince años que estuvo aquí hace un rato: retaco y sin embargo livianos como un tapón de garrafa de agua.

A este corcho le estoy haciendo las preguntas.

Como este hombrecito está ya tensando su arco y se resiste a decirme dónde queda su casa, que acaso es por la pena (¡absurda!) de que es un barrio que no tiene nombre, le digo que no importa dónde queda su casa, que eso es lo de menos. Pero él se me crece, sorpresivamente, como un gallo, y me dice que a ver por qué pregunto, si no importa. El mocito es atrevido, y, a la vez que huye la mirada, sabe ser arrogante. El mocito es hasta impertinente. Y a la cara le asoma, ahora que lo pienso,

ahora que lo sueño, una nariz como un pico chingo. Es una nariz redonda, con los huecos dilatados. Pero no me puedo molestar con él; yo me concentro en el botón de relajar que he ido fabricando en la cabeza, y se me va soltando en cadena la madeja de mis nervios; es un acto de fortaleza que él no puede comprender, ni siquiera imaginarse que existe.

El chico está armado, se cree fuerte; y me ve desarmado, con los flancos desguarnecidos y hasta desmantelados. Ahí, en esta aparente debilidad mía, está su debilidad y está mi fuerza.

Claro, él no lo sabe.

Yo le digo, como quien explica, que no, que esto no es una cárcel; que esta casa es como un refugio donde llegan muchachos como él, que quieren aprender a ser hombres. El me dice que es hombre también. Yo le digo que sí, que cómo no va a ser él hombre; que sí, y que, por eso, aquí le vamos a enseñar a ser mejor, a ser un hombre de bien. El mocito se calla; sin bajar la guardia, pero se calla. Y le pregunto por su familia. El vive con su hermana. Le pregunto entonces a ver qué hace su hermana. Me dice que trabaja. ¿Dónde?... Le brinca el gallo sobre la cabeza otra vez y me dice (como dice lo que tengo apuntado aquí, en el papel):

"¡Usted sí pregunta, doctor!"...

Yo le digo suavemente que sí, que estoy para eso, para preguntar; a ver por qué cree él que yo hago muchas preguntas; y él me dice abierta y sinceramente:

"¡Porque pregunta usted mucho, demasiado, doctor!"...

¡Ya es mucho abrirle a este hombrecito la mirada!; me han dado ganas de reír; pero no puedo, y finjo estar de acuerdo, porque yo estoy mejor armado para fingir, y le digo a ver por qué, en lugar de hacerle yo las

conversando bajo... ¡Escondiendo qué, dónde!... Pero el hombre dijo que no, que no era nada de verse, sino la fuga de Villanueva. ¡?Y eso no era nada?! Sí era, claro, y las manos del hombre se agarraron más del sombrero. Que fuesen inmediatamente a llamar a la señora Aguado... "Sí, doctor!... Y quedó el director solo, turbado, y comenzó a encender su pipa, y la prendió, y olió el café antes de que se lo trajeran, y sólo luego se oyó un golpecito en la puerta, y dijo que adelante, y se le metió la mujer con su bandeja y le dejó calladamente el cafecito sobre el escritorio, porque ella también sabía que hoy no había día bueno que dar en aquella casa, y salió como entró, sin hacer ruido. No sé ocupó del café hasta que entró la señora Aguado; él creyó que sin llamar, y no le importó tampoco, pero ella se excusó de todas maneras diciendo que había tocado dos veces, y que sabía todo lo de Villanueva y que le traía el expediente. El director no dijo nada. Entonces, la señora Aguado buscó nerviosamente dentro en la carpeta, y allá estaba la última entrevista que le había hecho la doctora Rivero, que fue... ¡ayer mismo!; pero no se quedó ahí, que era lo último, sino que fue resbalando las páginas como si estuviese pelando una cebolla con los dedos, buscando la semilla de Villanueva (y el director callado, sorbiendo su café) y descubrir que había nacido en Lara, de una niña de quince años que había casado con un tío segundo por parte de padre, que no era viejo, sino que tenía 22 años, y que primero se quedaron a vivir en la casa de los padres de él, que eran casi los abuelos de ella, y eso duró poco, porque a los meses de nacer el muchachito que fue un niño grande, "muy hermoso", y antes de que llegase a cumplir un año, tuvieron que mudarse a Caracas, porque él peleó con los viejos, y aquí se alojaron en el cuarto de una pensión, y que recuerda ella, la mamá de 16 años entonces, que el papá de Villanueva la hacía desnudarse delante del niño despierto, que éste los miraba y los miraba; y que su marido le hacía de todo sin siquiera correr la cortina de la ventana o apagar la luz, y eso era "a cada rato", y el niño se ponía a llorar y ella no podía atenderlo porque él la tenía ocupada y no la dejaba; y ella no sentía

preguntas, no me cuenta todo él mismo. Y el mozo reacciona bien; me dice que sí; "cómo no, doctor", que él me lo cuenta todo. Yo me lo quedo mirando con simpatía, esperando, y él abre sinceramente los ojos (!el hombre es complejo!) y me dice: "Pero... ¿qué le cuento, doctor?. Yo le digo que él me debe contar todo, de dónde es, con quién vive, qué hace y cómo lo agarraron robando en el abastos... Aquiles me dice que sí, que lo puede contar todo, pero que yo le tengo que prometer primero que no le voy a hacer nada. Yo le digo que no, que no tenga miedo, que soy un médico y que estoy haciendo todo esto para ayudarlo...

"¡Ah, sí!", me dice, "eso es de la sicología, ¿no?!"...

Yo le digo que sí, que es eso, y que dónde ha oído hablar él de estas cosas. Me dice que en el cine, que él ha visto películas donde los médicos hacen preguntas así a los criminales; y me dice aún, como preguntando, a ver si él es un criminal. Le digo que no; que gracias a Dios... He soltado a Dios sabiendo que esta piedra, en ese pozo, puede despertar de la nada unas ondas concéntricas; y compruebo que Dios, que podría haber sido una forma de la conciencia, no le dice nada. Como si digo Trigonometría o Caleidoscopio o Everest. Estoy seguro que decir María Lionza o Diabolo hubiese hecho más. Le pido de nuevo que me hable de sus padres. Y me confiesa que él no ha nacido en Caracas (y se me ríe, por dentro, de mi credulidad, y es verdad que este muchacho es imprevisible) sino que lo trajeron de Lara cuando todavía era pequeño; de Cujicito; luego, aquí, en Caracas, digo, en ese cerro, se murió su mamá, y el viejo se fue, él no sabe a dónde, con una mujer. Quedaron Rosa, su hermana, que ya tiene "como veinte años", y Josefina, que "anda por los dieciséis", él, que ya cumplió (!pareciera que los ha cumplido hace siglos!) los quince años, y me dice también que está Robertido, que tiene nueve. Yo le pregunto, para confirmar el dato, si son cuatro los hermanos, y él se me insolenta otra vez

desde las aspilleras relampagueantes de sus dos ojos, ¡a ver si no sé contar!  
Yo le digo que quería estar seguro. El lo está; ¡no hay más que ver flotar a  
este corcho! Yo, entonces, para mantenerlo a flote, le digo que estoy muy con-  
tento por la manera en que me está dando la información; y le digo que me diga  
más...

"¡Más!"...

Hombre, le digo, un poco más; ¡podría haber un tío, ¿no?!... Y acerté, por-  
que me dice que sí, efectivamente, tienen un tío; con tan simple y casual descu-  
brimiento acabo de desmantelar, ¡cómo son las cosas!, todo un flanco de Aquiles.  
¡Tienen, claro, un tío!... Vivía, o acaso vive aún, en el Guarataro. Le pregunto  
si hace mucho que no lo ve, y me contesta que sí, que añisimos; ¿por qué?; cree  
que tuvo un pleito con Rosa; ¿con Rosa, su hermana?; y me dice que sí, que a ver  
qué otra Rosa puede haber. Yo insisto en saber por qué pelearon, y él dice que no  
sabe. Yo sé que sabe y le estoy rodeando y lo hostigo; sin violencia, pero voy  
buscando el frente a esos ojos que huyen cuando no quieren dar la cara a la ver-  
dad; entonces Aquiles me confiesa que es porque su tío quería acostarse con ella;  
yo insisto a ver si Rosa no quería; Aquiles se indigna, no contra mí, sino contra  
su tío (!que ya es una conquista!) ¡y a ver cómo va a querer eso Rosa, si él es  
un viejo!; y me pregunta él a mí, ¡a ver si no me doy cuenta de eso! En este mo-  
mento Aquiles me está midiendo a mí, mi calibre moral. Yo estoy con él y le paso  
mi brazo sobre el hombro sin tocarlo, con sólo la palabra: "Eso- le digo- que es  
viejo, y además es su tío!". ¡Ya somos aliados, salté la tranquera, estamos ya  
en el mismo bando!... Pero no me quedo ahí, sino que me aprovecho esta ola para  
seguir en la misma dirección de su conciencia, y le pregunto cómo se llama ese  
tío. Me dice que Raúl. Raúl, ¿qué?, le pregunto. El dice que Raúl Fernández...  
Y yo espero, y le digo: "Fernández...." entonces es hermano de"... le dejo los  
puntos suspendidos en el aire, para que él se enganche en ellos; pero él me mira  
sin comprender; y yo insisto entonces: "Hermano de tu... ¿qué?... ¿tu mamá?"...  
Y a él, al chico, le sale de su boca, una boca de labios finos, que: ¡no, de su

mamá no, porque ella lo que se apellida es Rodríguez!". Entonces, y nada más que para sacudirlo, le digo que vamos a ver: ¿él no es Aquiles Rodríguez?; sí; a ver si él se apellida como su mamá; que sí; ¿y el apellido de su papá?; él tuerce la boca: ¿su papá?... ¿qué sabe él de su papá! Entonces le pregunto si ese tío de apellido Fernández es hermano de su papá; tampoco, no es hermano de su papá; yo quiero encontrar en ese pozo quieto algo que ando buscando para ubicar la semilla de ladrón que debe haber en el chico, le pregunto por qué, entonces, ese Raúl Fernández, que no es nada de su mamá y nada de su papá, es tío suyo. "¡No, hombre!", me dice ya molesto, "ése lo que es es un tío que salió por ahí, y que conocía a mi mamá, y que era hermano de un hermanastro de mi mamá!"... Y él no sabe cómo, pero sabe que ese Raúl Fernández es tío suyo. ¿Quién le dijo eso? Su mamá. ¿Cuándo? "¡Bueno, pues -se impacienta el chico- eso ha sido desde siempre así!" Está bien. Y ¿qué más familia tiene?; me dice que no, que no tiene él a más nadie en este mundo; y me hace ver en un gesto de hastío terrible, que eso ya es bastante carga para él. Yo le digo entonces que está bien, que lo está haciendo muy bien.

Ya Aquiles está más calmado, y yo también.

Y le pregunto qué hacía su hermana Rosa. El, que estaba tan seguro de tener sólo una hermana Rosa, me pregunta sorprendentemente: "¿quién?.... ¿Rosa, mi hermana?"... Yo le digo que sí, que su hermana mayor. Y entonces él me dice que sí, que ella trabaja. ¿Dónde?... "¡Ah, usted como que volvió a la preguntadera!"... "Habla, habla", le digo. "¡Qué le voy a decir de mi hermana!". Yo le digo que puede hablarme de ella, lo que hace, lo que gana, cómo los ayuda en la casa, lo que él quiera... El entonces arruga su cara de conejo y me pregunta a ver si tiene que decir todo, como si eso fuese un mundo. Y debe ser. Yo, entonces, le despejo el camino un poco, y le digo que me diga lo que él sepa; claro, sólo lo que sabe. "Pues Rosa -me dice- trabaja en la calle y no hace nada en la casa (lo que parece un reproche) porque

la que hace todo en la casa es Josefina (lo que es un elogio); Rosa lo que hace es levantarse muy tarde, ¡como a las doce! (lo que parece un crimen) y luego come, y en la tarde se acuesta otra vez; luego se viste, ¡se viste bien, ¿sabe?! (lo que indica que comparte ese gusto y esa vanidad con su hermana) y luego se va a trabajar; viene muy tarde en la noche, casi en la mañana; y a veces ni viene (lo que parece causarle alguna pena) y esos es todos los días... Eso es lo que hace Rosa". ¿No sabe él, Aquiles, dónde trabaja su hermana Rosa? No, no sabe. Bueno, y la segunda... "Josefina"... Esa, ¿qué hace?... Esta, Josefina, "está siempre en la casa; hace la comida; arregla la casa; ¡todo!... Parece, por el gesto de Aquiles, que este mundo de Josefina es el reverso del de Rosa. YH le pregunto a ver si Josefina no trabaja fuera. "¡No, Josefina nunca ha trabajado fuera!"... Y él, Aquiles, ¿qué hace? "¿Yo?"... Sí, él, Aquiles, ¿qué hace?... El dice que va a la escuela. ¿A qué escuela?... A una escuelita que hay en el bar rio. ¿A qué escuela, cómo se llama?... "¿Cómo se llama?", se sorprende él. Yo insisto: "Sí, ¿cómo se llama?"... "Se llama... 'Andrés Bello'". "No, hombre, le digo yo-ése es un liceo que está en la Plaza Carabobo; 'Andrés Bello' no puede ser". Y confiesa entonces que no, que el "Andrés Bello" no es; pero insiste en que es una de esas escuelas que se llaman "una cosa así". Yo me sincero entonces y le digo que él no va a la escuela. El insiste todavía un rato en que sí, que sí va. Yo le digo que no se lo creo hasta que me diga su nombre; ¡y yo me imagino que esta cabeza de conejo es capaz de saberse los nombres de todas las escuelas de memoria!... Entonces me confiesa que él, "seguido-seguido" no va a la escuela; que va de vez en cuando. "¿Cada cuánto tiempo?", le pregunto yo. Y él dice que no sabe, que él no sabe eso; así, de vez en cuando. Yo le digo que yo sé que él no va a la escuela. Y entonces me confiesa que es verdad, que él no va a la escuela. ¿Por qué?... No sabe, él no sabe por qué va. El empezó a ir a una escuela de "Fe y Alegría" que hay en el barrio; y

después, cuando se murió su mamá, se fue quedando en la casa, y, ¡además!- acaba de descubrir algo- ¡tenía que ayudar a su tío!... ¿Qué tío?... "¡Qué tío va a ser: Raúl; ¿no se lo dije antes?... ¿o es que se le olvida!"... Yo le digo que sí, que a veces se me olvidan las cosas; por ejemplo este tío; y le pregunto entonces que qué hacía él para ayudar a su tío, y Aquiles me cuenta que su tío Raúl vende lotería, y que él tenía una niñita de dos años en la casa, Judit, y que él la cuidaba mientras su tío se iba con sus quinticos a venderlos a Caracas; ¿una niñita de dos años?; ¡qué de raro tiene eso!; no, eso no tiene nada de raro, ¿pero por qué se la cuidaba él a su tío Raúl?; guá. ¿porque no le podía dejar sola en la casa!; ¿y su mujer?; ¡qué mujer!; la mujer de Raúl, la mamá de la niñita; ¡yo no comprendía, es que su mujer, la mujer de Raúl, se había ido con otro, ¿comprendía yo eso?!; sí; bueno, entonces su tío se había quedado con la niñita en la casa, y él iba a cuidársela, ¿comprendido?; yo le dije que sí, y le pregunté que qué hacía él todo el día con la pequeña en la casa; y él me explicó, como quien explica a un niño, que él le daba el tetero a la niña, y le cambiaba cuando se hacía sus cosas en la pantaletica; ¿y su tío le daba algo por eso?; ¡sí, le daba dos bolívares diarios!, ¡y la comida!, la comida también; y ¿a qué hora regresaba él, Aquiles, a la casa?; eso dependía, a veces se iba temprano, como a las siete, y otras veces se iba al cine y salía tarde, y regresaba a la casa como a las diez; y ¿cuando no iba al cine?; cuando no había cine, ¡porque en el barrio daban muchas películas repetidas!, a veces se compraba un sandwich, y se iba un poco con los amigos; ¿a dónde?; a ¡muchos sitios, por ahí!; ¿dónde, por ejemplo?...; no sabía decirme, ¡había tantos sitios!...; y, ¿qué hacía la noche que lo agarró la policía?...; ¿él!?...; sí, Aquiles Rodríguez, ¿qué hacía aquella noche?...; nada, él estaba esperando que saliese su amigo; ¿de dónde?...; "de allá"; ¿de dónde, de un abastos?; sí, era de un abastos; ¿cómo se llama su amigo?...; José Armas; ¿y qué hacía José Armas allá

dentro del abastos?... robar; ¡ah, eso es lo que hacía su amigo José Armas dentro del abastos, y él, Aquiles Rodríguez, lo sabía, y lo estaba esperando, ¿no?...; sí, eso era así, él no decía que no, pero tenía que recordar yo, que era médico, que le había prometido no pegarle ni hacer nada, ¿no?...; yo le dije que sí, que iba a cumplir mi palabra, y que quería que él la respetase también mientras viviese allá, ¿no?; Aquiles dijo que sí; bueno, le dije yo, ¿por qué robaban?; él me dijo que eso era porque no tenían qué; que no tenían qué cosa, insistí yo; que no tenían qué comer; yo le pregunté entonces si no le había dado de comer su tío Raúl, y si no le había dado tampoco los dos bolívares que le regalaba todos los días; él se extrañó, y se le pararon las orejas, como a un conejo, y me dijo: "¡el tío Raúl!"...; yo le pregunté por qué se extrañaba de que yo le preguntase eso; y él me dijo ¡que hacía tiempo, ¡añísimos!, que su tío Raúl no le daba nada porque no le dejaba ir a su casa!; ¿y no me había dicho él que iba a cuidar a una niñita que tenía su tío en la casa, y que por ese trabajo le daba de comer y de cenar, y, además, le regalaba dos bolívares?... ; ¡ah, eso era antes!; ¿cuándo, antes?...; ¡antes de que se enojara con Rosa!; ¡ah, bueno!, perdí esta vez; y ahoram si ndiba a casa de su tío Raúl, ¿qué hacía durante todo el día, de vago, en la ciudad?...; nada, él no hacía nada, sino estarse con sus amigos; "¿José es tu amigo?"; ¡claro!; "¿y tienes más amigos"... ; ¿más?; "Sí, si tienes más amigos?"...; sí tiene; ¿cuántos?...; otros dos; ¡pero ellos no estaban en esto!; pero ellos sí habían estado en otras...; ¿en otras... qué?; en otros robos...; no; ¿nunca?; ¡nunca!; bueno, está bien, le digo, y le pido que me diga algo acerca de su hermanito; bueno, Robertico está siempre en la casa, con Josefina; ¿no va a la escuela?...; no, jamás; ¿por qué...; ¿y a qué va a ir a la escuela?...; hombre, a estudiar...; ¿a estudiar qué?; hombre, tiene que aprender algo, para poder trabajar después y ganarse la vida; ¡eso se puede hacer sin estudiar!; ¿sí?; ¡claro!; ¿quién

conoce él que trabaje así, sin haber estudiado antes?...; su tío; ¿su tío Raúl?...; ¡claro, ¿qué otro tío tiene él, ah?!; ¿el tío Raúl trabaja?...; ¡no me ha dicho antes, y más de una vez, que su tío Raúl vende lotería!; ¿y eso es trabajar?; ¡claro, ¿qué es, entonces, trabajar!; hombre, trabajar es ser mecánico, por ejemplo...; ¡entonces sólo ser mecánico es trabajar!; no, sólo mecánico no...; ¿entonces, vender lotería no era trabajar?; "bueno- le digamos a dejarlo aquí, vete donde llegaste esta mañana, pórtate bien con el grupo; atiende a los maestros; atiende a los que te pidan que hagas algo, así estarás mejor, no te faltará de comer, y tendrás cama, y te respetarán todos, ¿entendido?" "Bueno", me dice él; y se levanta ahí mismo...; todavía lo estoy viendo, decidido, tieso, con cara de conejo, retaco, sólido y leve a la vez, como un tapón de garrafa, y desaparece detrás de esa puerta.

Ya hace rato que no está.

Estoy solo en el despacho. Está Bolívar, presente en algo más que el cromo, lo siento así. Este es el informe que va a abrir el expediente de Aquiles Rodríguez.

2

-?Y Aquiles?...

Josefina está sentada, está cosiendo un pantalón; ella, cuando oye a Rosa que pregunta, no se mueve, pero dice:

-?Aquiles?, no está.

Parece que no hubiese pasado nada, y que su hermano estuviese en casa de Ramón, que es vecino suyo, o se hubiese ido al cine con Robertico; parece que en aquella casa, que es un mamposte de latas, tablas y sacos de sisal, que en aquella casa, digo, no se hubiese movido nada desde la víspera.

Y, sin embargo, Josefina, que es tan decidora y tan fácil de sonreir, no levanta la cabeza.

Rosa insiste:

-Se fue?...

-No- responde Josefina otra vez- no vino.

Otro silencio. Y Josefina quieta por fuera, con el sólo mover de los dedos que están cosiendo un roto en el pantalón de Aquiles.

-?En toda la noche?...

-En toda la noche... -Josefina entera, y luego es ella quien pregunta- Y dónde has estado tú en toda la noche?

-!Yo!?

-Rosa, que está de pie, siente en su cara todo el coraje contenido de su hermana, la que tiene en sus manos ahora quietas el pantalón de su hermano; y le duele la mejilla y le escuece la cara; de aquel manotazo de las palabras; y le brota fuera, como un rebase, lo que no siente, ¡de veras!; pero algo después de aquel sopapo le tenía que salir, y le dice: -?a tí qué te importa?...

Josefina sabe muy bien que ha herido hondo en alguna parte de su hermana, y eso mismo la aquieta un poco; y dice, como si de veras su hermano Aquiles estuviese en ese momento jugando con Robertico en la placita del Manicomio, que es un cerco de ranchos:

-No, como preguntas por Aquiles...

Rosa sabe que aquel frío que le hiela la sangre a Josefina lleva un dolor dentro, y quiere saber qué pasa; pero no se atreve a reventarle nada, porque acaso el dolor es otro, y suelta, como los pescadores echan sus redes a veces al azar, para ver qué cojen:

-?Y qué tiene que ver una cosa con la otra?...

Josefina, que se la ve así, como de piedra, pero que está toda despierta y crispada por dentro, dice como quien no dice nada:

-Sí tiene que ver.

-?Por qué?...

-Porque sí, porque todo está embojotado en lo mismo.

-?Embojotado?

-!Claro!...

Y las rebeldes fuerzas de Josefina han comenzado a liberarse con el grito.

Rosa conoce ahora dónde es, y es donde ella más esperaba, y más temía; pero no se puede ella rendir de un golpe, y le dice:

-Entonces, porque yo no he venido en toda la noche no puedo preguntar qué es de Aquiles...-y la angustia de esperar se le ha disuelto, como una gota de sangre en agua; y espera que su hermana levante la cabeza de aquel pantalón azul raído de su hermano; pero no, y oye, casi ve, que le salen a Josefina las palabras contra la tela y rebotan en los pliegues:

-Puedes preguntar, ?cómo no?...

-?Entonces?

Pero Josefina no la mira; y habla como si estuviese diciendo algo para ella misma, rezándole a alguien:

-Pero la respuesta está en eso mismo...

Rosa sabe que el rezo es con ella, y le pregunta:

-?En qué?

En aquel pedacito de rancho donde son testigos una batea y un cajón de embalaje (con frascos y una lata que dice "Azúcar" y otra que dice "Café" y un paquete de galletas y un pedazo de pan) que es la despensa, y una mesa

que mira desde su ojo vacío de cajón, y dos sillas, y el banco donde está sentada Josefina, que es quien mantiene toda esta pobreza tan limpia; en esta cocina, digo, se comienza a oler un sabroso olor a caraotas que han comenzado a hervir; y Josefina se levanta, y dice:

-En eso, chica, en que tú no sabes porque no estás...

Rosa ve que la cosa le está llegando por donde ella sabe desde siempre que puede venir; y ve que su hermana prueba el caldo de las caraotas y que les pone una pinza de sal, y entonces le suben por el corazón, hasta la boca, las ganas de decirle a su hermana la respuesta que se calla desde siempre ante la pregunta muda, llena de silencios, que le tiene Josefina montada en sus ojos, esos ojos grandes y negros que parecen estar preguntando algo siempre; pero sólo le dice:

-!Y tú sí estás!

Josefina sabe ya lo que va a contestar:

-Claro, ¿no me ves?... Yo siempre estoy aquí,

Y Rosa sabe muy bien lo que está diciendo su hermana, pero pregunta:

-¿Y qué quieres decir?

Josefina sabe que hay veces que decir más cosas no ayuda a nada, y suelta:

-Nada, chica, nada...

Rosa toma aire, y hace la misma vieja pregunta con un aire nuevo:

-¿Qué ha pasado a Aquiles?

Y Josefina, aunque su hermana crea que aún está guardándole algo dentro, le contesta la verdad:

-!Y yo qué sé!

-El viene a la casa todas las noches, ¿no?

-Claro- y ya Josefina se sienta y se pone a coser el pantalón azul otra vez; y es cuando Rosa se arriesga a andar todo el camino:

-Anoche no vino...

-No.

-?Y por qué no vino?

Y ésta, que es una pregunta sencilla, sin intención, revienta las palabras recién contenidas de Josefina en su garganta:

-!Eso he estado pensando yo toda la noche sin dormir!... !?Me oiste?!...-

Ya la herida está abierta, y a Rosa, con sólo ver sollozar a su hermana, le falta el aire; pero se tiene que defender:

-!Y por qué me gritas así?!

-!Te grito, porque mientras yo estoy acomodando la casa, mientras estoy comprando la comida, mientras estoy lavando la ropa, mientras estoy cuidando de Robertico, mientras estoy esperando en la noche a Aquiles, a que llegue Aquiles a la casa, tú estás durmiendo en esa cama, o estás puteando por ahí!...

Ya la palabra mágica, la que ha estado escondida durante tanto tiempo entre las latas del techo, entre las tablas de embalaje de las paredes, en la cocinita de kerosén, en el cajón de las provisiones, entre los huecos del suelo de cemento y tierra, guindada del bombillo, pegada a la cortina verde con tiras amarillas; esa palabra prohibida que nadie se atrevía a pronunciar, se ha dicho.

-!Cállate!...

Pero ya no hay nadie que pueda recoger ese puñado de semillas y de polvos de colores y de hormigas y de plumas y de polvos de pimienta y clavo y de papelillo y de goma quemada y de gotas de permanganato y yodo y de colillas y de tierra y de ceniza y de migas de pan y de pájaros y de lagartijas y de incienso, que parecía que no cabía en una mano, !qué va!, pero que si caben,

y que al conjuro de la palabra se han esparcido, pegado, dispersado, desparado, derramado, diseminado y metido por todos los mil huecos de la casa, que es un rancho.

Ya es tarde ahora para recoger todo eso.

-No me callo -dice Josefina con saña- la que tiene razón no se calla; cállate tú, que no tienes nada que decirme... !Ah!...

Y Rosa lo venía esperando desde siempre:

-!Ah, sí!... Y ?!quién te trae la plata todos los días para la comida, y quién paga el alquiler, y quién compra la ropa; dime?!

Josefina lo sabe bien, se lo ha pensado mil veces; ella sabe que ahí no puede pegar muy duro, porque nadie se golpea a sí mismo; pero dice, porque callada no se puede quedar, dice, porque ya no grita:

-Esa plata podría ser más limpia...

Y la que grita ahora es Rosa:

-!Limpia!... !Limpia estaba yo, y estabas tú, antes de que me tirase por ahí!...

!Limpia!... !Y tú- agrade Rosa ahora, y acaso por donde Josefina no se había atrevido a pensar que la iban a golpear- dime tú, pureza arrugada, ?por qué no trabajas tú?!

Y Josefina que se siente fuerte:

-!Y yo no trabajo!

-Sí- confiesa Rosa -!pero gana la plata fuera, trabaja más limpio que yo, y yo me quedo en la casa.

Josefina no lo había pensado nunca:

-?Te quedarías tú en la casa?

-Sí, y ?por qué no?

Josefina siente que no, que no podría, y se lo dice:

-No, tú no te quedas en la casa ni amarrada; ese vicio tuyo lo llevas dentro desde hace mucho tiempo, desde que andabas con el tío Raúl... !No me cuentes tus historias ahora!

Y Rosa sabe que, otra vez, esas palabras no se pueden recoger, que esas semillas quedarán por siempre regadas por todo, como este olor a caraoatas que se está esparciendo por la pieza; y ya no sabe que más decir, y dice lo que le sale, que es las ganas de romperlo todo, de matar:

-!No me digas eso, que te reviento esta olla en la cabeza!

-Inténtalo... -Josefina sabe que no lo va a hacer, y se sabe fuerte- Tú sabes que yo te digo verdad, que yo no miento... -y se da cuenta entonces que su hermana está en el mismo borde, que no tiene ya, donde agarrarse- Y no creas que yo no te quiero, hermana, y no creas que yo no sé que tú no lo haces por maldad... Pero así todo nos va a salir mal, !todo va a salir mal!...

Y Rosa está a salvo:

-Anda, Josefina, no llores...

El puente entre las dos hermanas está tendido, y abierto:

-Y ?qué voy a hacer, si Aquiles no ha venido en toda la noche?...

-?No apareció entonces?

-No.

-?Y dónde puede estar?

-No sé; él viene un poco tarde, pero siempre viene.

-?Quieres que vaya a la policía?

-Vete, vete...

-?Y Roberto?

-Robertico está jugando ahí...

-?Qué hora es?

-Van a ser las doce.

-¿¡Las doce!?

-Sí; anda, apúrate, y mira dónde está Aquiles... ¡Ese muchacho!... Con tal de que no haya sido nada...

FIDELITY BOND  
25% COTTON  
MADE IN USA

FIDELITY BOND  
20% COTTON  
MADE IN U.S.A.

3

-?Qué quieres tú?

-?Yo?... Que estoy buscando a un hermano mío que no regresó en toda la noche...

-?Cómo se llama?

-Se llama Aquiles.

-Aquiles, ¿qué?

-Aquiles Rodríguez.

-Rodríguez, Rodríguez... Sí, está aquí. ¿Tú eres su hermana?

-Sí.

-No está mal...

-!No está mal, ¿qué?!

-No, nada, !señorita!... ¿Y qué quieres tú saber de tu hermano?

-Quiero saber ppor qué está aquí, si está...

-?Y qué más?

-A ver si me lo puedo llevar para la casa...

-¿Para la casa?

-Claro.

-Pues él, está aquí, está; pero para llevártelo tú a casa ahora, no está...

-¿Y por qué no me lo puedo llevar yo a la casa?

-Porque no.

-Ah, pues... ¿Qué hizo?... El nunca ha hecho nada...

-Será la primera vez.... Pero está encerrado por ladrón.

-¿¡Por ladrón?!

-Sí... Y eso es cosa seria.

-Ah, pues...

-Pero, mira...yo voy a ver lo que puedo hacer por tí, ¿oíste?...

No me oíste...Bueno, eso es cosa tuya....

-Cosa mía, ¿qué?

-Bueno, mujer, yo te digo que voy a ver lo que puedo hacer por tí, y tú no me oyes...

-Yo si le oigo a usted.

-Entonces, mira, acércate...

-¡Yo no me acerco a usted para nada, falta de respeto!... ¡Usted es una basura, ¿me oyó!... ¡Una basura!...

-¿Qué pasa ahí?

-No, nada, jefe, que esta mujer...

-¡Esta mujer no tiene por qué aguantar una falta de respeto del primer policía que tropiece!...

-Medrano, hágala pasar a mi despacho.

-Sí, jefe...

-Quiere pasar por aquí, señorita...

-¡Más señorita será usted, güebón!

-Ah, pues.... Le salió la grosería, lo que era... ¡putica!

-¡Usted... no me llama eso a mí, que... eso... será... su madre!... ¡¿Oyó?!

-Pero, bueno, ¿qué pasa otra vez?...

-Esta mujer, jefe, que se la da de... ¡no jo!... ¡Y que me está cayendo a carterazos!

-Usted, Medrano, váyase... Pase, señorita, pase... Y siéntese. No se ponga así...

-¡Ese marico es un falta de respeto!

-Bueno, cálmese, cálmese; y siéntese; dígame, ¿qué le pasa a usted?

-Bueno, que yo vine a preguntar por mi hermano, que me dice ese hombre que está preso.

-¿Por qué está preso?

-Ese hombre dice que por ladrón.

-¿Por ladrón?

-Sí. Pero yo sé que no puede ser, porque Aquiles no ha estado nunca preso por eso, y él no es ladrón...

-¿Qué años tiene él?

-Quince.

-¿Quince?... Es un muchacho...

-Claro, señor policía; si es un muchachito.

-¿Y está preso desde cuando?

-No sé; él faltó anoche...

-¿Lo hicieron preso anoche?

-Pues eso es lo que quiero saber; y saber qué ha hecho, y saber si me

lo puedo llevar conmigo a la casa...

-Un momentico, un momentico... Usted es su hermana, y está bien; y yo quiero ayudarla, y está bien; y vamos a ver lo que ha hecho su hermano... Pero antes vamos a ver lo que hay... Medrano...

-Dígame, jefe.

-Tráigame la relación de anoche.

-¿Detenciones?

-Sí.

-Primero vamos a ver lo que hay, ¿entiende?...

-Sí.

-¿Usted se molestó porque el agente le dijo que usted es bonita?

-No.

-¿No?... Ah, porque si usted se molesta por eso, se tiene que molestar conmigo también...

-No, no me molesté por eso...

-¿Y por qué, entonces?...

-Jefe, aquí está la relación.

-Gracias, Medrano... ¿Y por qué se molestó entonces, señorita?

-No, nada.. ¿Puede decirme si mi hermano está ahí?...

-Rodríguez, Rodríguez..., sí, Aquiles; aquí está. ¿Es hermano suyo?

-Sí, claro.

-¿Me quiere enseñar su cédula?

-Mi cédula?

-Sí.

-Pues, mire, se me quedó en la casa...

-Bueno, vamos a pasar por ahí; se da cuenta, señorita, que nosotros también sabemos ser tolerantes... ?No?... Bueno, este es un menor, y lo estamos llevando al Consejo.

-?Al Consejo?

-Sí, al Consejo Venezolano del Niño.

-?Y lo están poniendo preso allá?

-No, preso no. El es un menor ?sabe?... Y un menor no puede estar preso como cualquier... ladrón, ?comprende?

-!Ladrón!?

-Sí, no se alarme, no se enfade, que se va a poner usted muy fea. Su hermano fue detenido por complicidad en un robo.. menor. No se alarme demasiado, que no es nada.

-?No es nada, y está detenido?

-Sí, claro. A él lo agarraron robando un abasto con un amigo...

-?Quién es el amigo?

-El que estaba dentro del abasto se llama José Armas.

-?Armas?

-Sí... ?Lo conoce?

-No, no lo conozco...

-?Usted ve?... A veces el hermano de uno anda con gente que uno ni conoce. Pero, bueno, no es nada. A su hermano lo tienen un tiempo en el Consejo, le dan de comer, le dan cama, y lo educan. Ve usted que eso no es tan malo.

-!Lo educan a palos!

-No, no se ponga así, señorita; lo educan; allá hay siquiátras, sicólogos, profesores de manualidades, de todo; allá su hermano estará dos o tres meses, según, y luego regresa a su casa... ?comprende?.

MADE IN U.S.A.  
50% COTTON  
LIBERTIA BOND

-Sí.

-¿Dónde vive usted?

-No...

-No, qué...

-No, que no necesita usted saber dónde vivo yo.

-¿Y por qué no?

-¡Porque no, porque no necesito nada de usted!

-¿Nada?... Bueno, ¿y por qué supone que yo quiero algo de usted?

-No sé...

-No, yo lo que quiero su dirección es para chequearla con la que ha dado su hermano...

-¿Y qué dirección dio él?

-No, eso me lo tiene que dar usted, no yo.

-¿Pero qué dijo mi hermano?

-Dígame usted primero, y yo se lo digo.

-Nosotros vivimos en el cerro arriba del Manicomio...

-El Manicomio...

-No, arriba...

-Bueno, arriba... ¿Tiene número?

-No, no tiene.

-Entonces arriba del Manicomio... Hay mucho rancho allá arriba...

-Sí.

-¿Y cómo sabemos cuál es la casa donde viven ustedes?

-Gua... Cualquiera le dice allá, en el barrio.

-Preguntamos por la familia Rodríguez.

-Sí.

-Está bien, señorita. Entonces, no se preocupe por su hermano, que está

bien...

-!No me sobe la mano así!

-No te enfades, que no te estoy haciendo daño... Entonces, puedes ir a visitar a tu hermano en el Retén de los Chorros, del Consejo Venezolano del Niño...

-?Cuándo?

-Bueno allá hay un horario; eso queda allá, en Los Chorros. ?Sabes dónde?

-No, pero yo busco.

-Bueno, y si en algo te puedo servir, tú sabes que estoy a tu completa disposición...

-Gracias.

-?Tú sabes mi nombre?

-No, no, y no me hace falta... Adiós.

-Adios, pan de azúcar... !Medrano, haga el favor de acompañar a la señorita!

-!Sí, jefe!

-Adiós, señorita Rodríguez.

4

-¿Cómo te fue la preguntadera?

Aquiles sabe que es con él, pero no contesta; mira aquel desfile quieto de camas dobles de hierro y sigue buscando a alguien con la vista, aunque tiene el oído despierto, porque sabe que aquella boca grande le va a hablar otra vez, lo siente, y es verdad que le dice:

-¿A quién buscas?

-A José Armas.

-¿El que llegó contigo esta mañana?

-Sí, ¿lo vistes?

-Está al fondo, haciendo su cama, porque aquí todo el mundo tiene que joderse y pasar por donde le digan a uno que pase; ¿ya te preguntaron, no?...

Aquiles se siente como aplastado, le agobia la carga de este hombre al lado; sin saber por qué; acaso porque es grande, porque sabe más, porque habla en ese tono confianzudo que es más que tocarle el cuerpo con las manos, ¡joder!, ¡por todo, sin siquiera saber quién es y sin siquiera saberle la

intención; ¡pero ya no se va, sino que no puede irse, que tiene aquel hombre grande delante que le habla como si le hablase un maestro de escuela y el tío Raúl y Rosa y el digepol que lo agarró, todo eso junto, tan hediondo, dicho con palabras que no sólo le entran por el oído, sino que le salpican y le babosean la cara, un asco que no se explica; y lo mira (porque ver ayuda siempre) y lo ve, ¡casi lo toca!, de tan cerca, con sus brazos largos y musculosos, un poco cargado de espaldas, como algunos boxeadores, y un ojo torcido, y el pelo corto, erizado, negro; viste una de esas franelas blancas con propaganda, y un pantalón ceñido y demasiado corto. Le da ganas de decirle que qué le importa esto a él, que apenas lo conoce de verlos llegar esta mañana a él y a José y de mirarles las nalgas como quien ve culo de mujer, ¡baboso!, ¡joder!, y de acrcárseles cuando les entregaban la manta y las dos sábanas y la almohada, un momento antes de que los llamasen a él y a José a la dirección, cada uno por su lado, y decirles a los dos, a José y a él, que se llamaba Jesús Villanueva y que lo tenían allá a la orden para lo que se ofreciese; Aquiles no había tenido un tiempito para comentar con José este intrepito cuando ya lo tenía cargándole el hombro otra vez, sin tocarle, porque era que este hombre tocaba a uno el cuerpo con la palabra o con el solo lustre turbio de la mirada, ¡no joda!, y aquí lo tiene delante otra vez, ¡güevón del coño!, y se sorprende él mismo diciéndole:

-Nada, cosas de la familia...

-Ah, sí, ¡primero preguntan a uno por la familia!

-¿A ti también?- ¡porque a este coño había que devolverle así las palabras!

-Claro, a todos.

-Voy a ver si a José preguntaron lo mismo...

-Lo mismo, vale, lo mismo, ... ¡Aquí a todos preguntan lo mismo!...

Y era una ocasión de irse, porque las palabras no salieron para preguntarle nada, sino que fueron dichas para ser dejadas en el aire y las recogiese

cualquiera; ¡pero él, joder, ¡no se queda donde estaba, como si le hubiesen pegado las patas con jalea, y se oye él mismo decir con un acento que no se reconoce: "qué tiempo llevas tú aquí!"; lo que le hacía falta al otro para decir: "ya van para los dos meses", y lo suficiente para que Aquiles tuviese que decir: "¿y qué hicistes tú?"; y el otro, Jesús Villanueva, se sintiese aludido para decirse: "¿yo?"; pues, claro, quién iba a ser, porque en la sala, que era larga y alta, una caja algo estrecha, pero enorme, no había nadie más que ellos dos, y sólo ahora estaba viendo a José Armas montado sobre el segundo piso de la cama doble para extender una sábana, y tuvo que decir: "sí"; "yo he hecho de todo- dice entonces Villanueva cargando los acentos con una melcocha pegajosa y caliente- yo soy el hombre más peligroso de todos aquí", y se le queda mirando los ojos, y Aquiles quieto ("¡muévete, carajo!") y el otro, entonces, esperando respuesta, porque así eran las palabras de Villanueva, que envolvía, liaban, sin pedir nada, y Aquiles se ve forzado a preguntarle: "¿qué hicistes, asaltastes acaso un banco?"; no para darle ocasión de lucirse, desde luego, sino al contrario, para ponerle un peine, una vara de saltar muy alta, para que el coño tropezase en el palo y diese la cómica; y Villanueva que dice: "sí, sí"; "¡¡sí!!... y es Aquiles el que pierde el equilibrio y se siente decir dentro que podría ser, ¡que este loco es capaz de asaltar un banco!"; "claro que sí, aquí lo sabe todo el mundo, ¡y con armas!"; "¡armado, y te tienen aquí!"; "claro que sí, es que soy menor de edad"; "¿qué años tienes tú?", y ya Aquiles está encandilado, girando en torno a Jesús Villanueva; "¿yo?, diecisiete"; "¿y cuándo sale uno de eso?"; "¿de qué?"; "de ser menor"; "ah, aquí uno es un niño hasta que cumpla los dieciocho"; "¡entonces yo soy de tetero!", dice Aquiles sonriendo sólo por eso, por sentirse arropado con las palabras de Villanueva, como en el vientre de su mamá, y éste le pregunta: "¿qué años tienes tú?"; "Quince", y espera; y, efectivamente, Villanueva abre aquellos labios grandes y salivosos y dice:

"!¿sólo quince?!", y luego se le queda viendo el cuerpo, pero no viendo de ver, sino de camelar, que eso a Aquiles le molesta mucho, y le dice: "pareces más viejo"; y Aquiles se envanece, porque a él no le gusta ser un niño, sino un hombre, y que le dejen entrar a ver cualquier película, y que no lo boten de los botiquines por muchachito, y que no le llamen las mujeres: "mi nené", y que nadie le ponga la mano en el hombro, como lo está haciendo Villanueva ahora, ¡carajo!, y, además, para decirle, encima, como le está diciendo: "pero Armas es más viejo que tú", que eso lo rebela, aunque sea verdad que José Armas parece mayor que él, no más de unos pocos meses, y Aquiles siente, de pronto, la necesidad de que Villanueva oiga esto por boca de José Armas, y lo llama a la otra punta de la sala:

¡José, ¿qué años tienes tú?!

José Armas, que no ha oído la conversación, se les queda mirando, buscando un sentido a la pregunta, y<sup>í</sup> dice:

-Dieciséis...

Villanueva vuelve a sorprenderse:

-!¿Dieciséis sólo?!...

Y José Armas continúa haciendo su cama; el que contesta la exclamación de Villanueva es Aquiles, quien sigue preocupado por la opinión que puede tener Villanueva de su edad: "nos llevamos unos meses, muy pocos"...

-Dime, ¿qué te preguntaron?

Y es otra vez el interrogatorio, que a Aquiles molesta tanto que lo examinen (porque hay cosas que son de uno sólo) y más si el examen viene de este tipo que ni conoce y le cae gordo, por lo grande y<sup>í</sup> por lo confianzudo y por la mirada, que es como si lo buscara a uno lo sucio dentro, oliéndole el sobaco tocándole el huevo para medirle el tamaño con los dedos y pesándole las bolas con la mano para sentirles el peso, ¡carajo!, ¡todo eso parece sentir cuando le habla Villanueva salpicándole la saliva!; además le sale

loco, le sale guapo, hasta asaltante de bancos!.. Y tiene que decirle algo, porque le sale decir eso:

-No, nada, cómo me llamo, y qué años tengo, y con quién vivo, y qué hacen mis hermanos... eso, ¿y a ti?...

-Lo mismo.

-¿La misma vaina?- y ahora Aquiles siente el deseo de saber qué preguntaron a Jesús Villanueva.

-Lo mismo, la misma güevonada de siempre a todo el mundo, que si la mamá de uno, que dónde vive; que si vive con el viejo, que no vive; y si tengo hermanos, que no tengo; y que si mis abuelos... tú sabes, bla-blá.

-Y ¿qué vamos a hacer aquí?

Ya Jesús Villanueva está sentado sobre una cama, pensando en otra cosa, sin mirar a Aquiles, pero hablando de lo mismo:

-Aquí se vive bien; en estos dos meses engordé como cinco kilos; eso sí, uno tiene que avisparse...

-¿Avisparse?...

-Claro, esas pregunticas que te han hecho a ti y que han hecho a Armas, eso no termina ahí.

-¿No?...

-No, vale... Después te llaman otra vez, y el que pregunta es otro; a veces una mujer, y todos son doctores, eso sí; entonces te hacen las mismas preguntas...

-¿Las mismas?...

-Sí, pero también te preguntan otras cosas.

-¿Qué cosas?

-Pues uno te pregunta que cómo te sientes, de salud, ¿no?, y si tienes algún hermano enfermo, de qué se murió tu papá...

-¿Mi papá?...

-Bueno, de quien sea, ¿comprendes?; te preguntan cosas de medicina; y otros te preguntan otras cosas.

-¿Qué cosas?- ya Aquiles está bebiéndose, ensalivadas y todo, las palabras de Villanueva.

-Bueno, si tienes odio a tu hermana, o si sigues queriendo a tu papá...

-Eso es de la siquiatria...

-Ah, cómo no...

-¿Tú crees que estás loco?- pregunta entonces Aquiles de sopetón.

-¿Yo?!...

-Sí...

-Yo no creo...- y Villanueva está pendiente de Aquiles.

-¡Y asaltastes un banco!

- ¡Ah, pues!- reacciona Villanueva, -¡y porque asalto un banco estoy loco!?...

-Asalto a mano armada, ¿no?

-Sí...

-¡Por eso te pueden fusilar, o llevarte a la cámara de gas!

Y Villanueva rompe a reir con todo su cuerpo, y hasta lagrima, y se levanta, y mira a José Armas, que está en la otra punta de la sala, a ver qué dice, pero Armas, que está mirando en esa dirección, no ha oído, o hace que no oye, y es entonces (cuando Villanueva ve que Armas no pone atención a lo que está diciendo) cuando deja de reirse y dice a Aquiles, con su mano derecha sobre el hombro del chico, con la indulgencia con que puede hablar un padre a su hijo:

-Primero, que aquí no hay pena de muerte...

-Bueno, aquí no.

-¡Ah!- dice triunfalmente Villanueva- ¡y dónde fui a robar yo un banco, ¡ah!...

-¿Y fuistes a robar un banco de día?...

-Sí...

-¿Por qué de día?...

-Para robar un banco de noche, ¡eso es nada!: abres un hueco, escalas un muro, saltas, pam, y abres una caja, o la vuelas con algo, cualquier cosa, ¡eso es nada!; para lo que hace falta bolas es para robarse un banco en pleno día, ¡el banco lleno de gente, y apuntas con la metralleta, y todo el mundo cagándose... ¿no?!...)

Aquiles tiene que decir que sí, pero no lo dice, porque lo que le sale es:

-¡No juegue!... ¡Lo que hace falta para eso es estar loco!...

A Villanueva le brilla el ojo que está viendo a Aquiles:

-¡¿Loco?!

-Claro...

-¿Por qué?... Pero no hables tan duro- y Villanueva cambia sorpresivamente de actitud- no hables tan duro, que aquí nos pueden oír...

-Pero si ellos lo saben todo...

-¿Todo?...!Yo te aviso!... -y baja más la voz, y se le acerca a Aquiles, que está con su espalda y un pie apoyados a la pared, y le dice: -Ellos saben lo que les dices tú...

-¿Y tú no les dices todo lo que sabes?

Villanueva contiene la voz, pero no puede menos que separarse de Aquiles y dar una vuelta sobre una pierna y mover los brazos y sentenciar con el dedo índice, disparándole un tiro a Aquiles: -"No sea usted requetegüevón!...; ¡eso es con los pendejos...!- y mira en la dirección de Armas, pero de pronto regresa a Aquiles, y le dice, volviéndose de nuevo, sigilosamente, en la dirección en que está Armas sentado sobre su cama, viendo un papel; "que no nos oiga tu amigo Armas"...

-¿Por qué?- dice sorprendido Aquiles.

-Porque no me fío de él; porque no, porque uno siente esas cosas, las huele, ¿comprendes?...- y añade en este clima de confianza: -yo me robé

dos abastos antes del banco , y salí bien.

-¿Dos abastos?!

-No grites, carajo... Sí; ¿qué me dices?

-No sé, que no fue mucho, porque tuvistes que robar otra vez.

-No sea usted... buen mozo; eso fue por la política...- y otro aire confidencial más íntimo de Jesús Villanueva, esperando la reacción de Aquiles, y Aquiles no entiende, y dice:

-¿Qué política?

-No, que yo estuve con la FALN...

A Aquiles le sigue sorprendiendo más la revelación:

-¡Con la FALN!

-Sí.

-¿Y ellos saben eso?

-Sí, lo tuve que decir.

-¡Ah, entonces tú también lo dices todo!

-No, ellos supieron que lo último fue la FALN; lo de antes no; ellos no saben lo de los abastos.

-Y ese dinero de la FALN es para las guerrillas, no?

-Para las guerrillas.

-Y, ¿tú robas para las guerrillas?

-Sí.

-¿Tú eres político?

-No.

-¡Y no eres político, y robas para las guerrillas?!

-Es que fue robar por robar.

-¡Robar un banco de día para quedar limpio!- razona Aquiles.

-Te digo que no levantes la voz, carajo; pero te digo una cosa: que no estoy limpio, que aquí, donde tú lo ves, este coño tiene su platica

escondida; eso no se lo puedo decir a nadie, ¿comprendes?; lo sabe un amigo mío, que es mi hermano, y tú.

-Y yo, ¿por qué?...

-Por la confianza.

-Y esa confianza, ¿por qué?...

-No sé... Tengo que hablar con alguien, ¿no?

-Sí, claro; pero ¿por qué conmigo?

-No lo sé; son vainas que uno mismo no sabe; uno ve un tipo, y le cae bien, y ve otro...- y Villanueva queda mirando en la dirección de José Armas, y José Armas ya no está, y Aquiles se da cuenta y le dice:

-¿Dónde está José Armas?

-Armas salió hace un ratico; por la puerta de allá; déjalo...

-¿Por qué?... ése es amigo mío...

-Acaso por lo que te agarraron fue por él...

Y Aquiles da un brinco (!lo ha visto saltar Villanueva!), y dice:

-¿Por qué por él?...

-Puede- dice cautelosamente Villanueva- o se habrá chivado en la entrevista- y junta los labios salivosos como gustando un chocolate con su buche de ron ardiente dentro.

-¿Por qué?

-No sé, la cara... Ese carajo tiene cara de soplón...

-!¿Soplón?!

-Sí...

-¿Por qué?

-No sé; tú sabes, pura... ¡yo huelo las cosas!...- y se toca su nariz.

-Pues hueles mal- y Aquiles va saliendo (!por fin se despegó de él!)- y José Armas es amigo mío, ¿viste?...

-Sí, te oí- lo dice Villanueva mientras se sienta sobre una cama- pero también me oíste tú a mí, ¿no?...

-Yo sé lo que oigo, y de quién oigo...

Jesús Villanueva está ya solo cuando dice: "Así tiene que ser".

5

Esta es Josefina, la segunda; acaba de salir.

¿Y por qué no habrá venido la otra a buscar a su hermano?... Yo le pregunté por qué había venido, quién le había informado de que su hermano estaba aquí. "Preso", decía ella, que lo teníamos "preso"; y yo le dije que no, que aquí no teníamos preso a nadie. ¿Quién le dijo que teníamos, y preso, a su hermano Aquiles? Ella me dijo que fue la policía. ¿Y quién fue a preguntar eso a la policía? Pensé que podía haber sido su madre, alguien que no quiso confesar Aquiles; pero Josefina me confirmó que ellos son sólo cuatro, y que no hay nadie más en la casa. Yo pregunté a Josefina que qué quería. Que llevarse a su hermano. Claro, todo el mundo quiere llevarse a su gente; pero ¿a dónde?. A su casa (a eso llaman casa!) Dije a Josefina, que es una muchacha muy serena, que antes de eso había que hacer averiguaciones, que había que saber cómo estaba Aquiles de salud. Josefina me dijo que ella estaba segura de que la salud de su hermano era muy buena. Que sí, que el chico parecía estar sano, y fuerte;

-?¡Qué va a decir?!... Que él no fue, pero que fue un amigo suyo, un Armas, que se había metido en un abastos...

-?De noche?

-Sí, de noche; y que había alguien dentro, y comenzó a gritar, y pusieron presos a los dos...

-?Y ahora qué van a hacer?

-?Qué va a hacer quién?

-Ustedes...

-Rosa, querrá decir...

-No, bueno, ustedes, la familia.

-La familia, usted sabe que cabeza de familia, como me dijeron esta mañana en el Consejo, es Rosa...

-Claro; ella es la mayor... Y familia también soy yo...

-Sí, ¡cómo no!

-?Por qué me lo dices en ese tono?

-¡Cómo quiere que se lo diga!

-?Qué hice yo de malo?

-No, malo no... ¡peor!

-?Peor?

-Claro... Antes al menos nos ayudaba algo con Aquiles, y el chico estaba ocupado, y hasta de vez en cuando me traía un bolívar...

-Ah, pero tú sabes que ese fue un asunto con Rosa...

-Ah, sí, y porque sus cosas con Rosa no andan bien, deja de ayudar al chico...

¡Ese es el tío que es usted!

-Bueno, es que me dijeron que no querían saber nada más de mf...

-Y es verdad; y váyase por esa puerta, porque si regresa Rosa aquí hay escándalo grande, ¿oyó?...

-Bueno, Josefinita, no te pongas así; es que ella es muy mandona, muy jefa, para ser mujer, ¿sabes?, y desde que tuvo ese negocito con el turco... ¡eso se ha vuelto una fiera!

-Fiera es usted, tío Raúl, usted, que no la deja en paz y la cela y la quiere tener amarrada a esa cama para que... ¡no, hombre!

-No, la cosa no es así, Josefina; ven acá; mira que yo la quiero, o, mejor, la quería; pero es que es muy altanera, es muy déspota; y ella no tiene que ver con nadie, y hace lo que le da la gana... Tú no eres como ella, ¿ves?. Tú eres muy joven, pero ella, Rosa, a tu edad, no tenía el manejo de la casa que tienes tú, y no era tan responsable; tú sí eres una mujer de su casa, como debe ser, y que cuida de los pequeños, y que harás a un hombre feliz, porque...

-Bueno, tío, ¡no se me venga arrimando por ese lado, que ese lado lo tengo yo trancado desde siempre, ¿oyó?!

-No, si no es que te estoy atacando por ningún lado, hija; es que estamos hablando de Aquiles, y lo del chico trajo estas otras cosas, que si Rosa...

-Bueno; váyase, mejor, tío; y que no lo vea Rosa por aquí, que entonces arde este ranchito hasta las latas del techo...

-¡Ya va, ya va, mujer!...

-No, si eso es ¡ya mismo!

-Pero antes, mujer, dime lo de Aquiles, ¿dónde está?

-Allá, en Los Chorros... ¡váyase saliendo!... ¿Sabe dónde queda la parada de Los Chorros, arriba?... Bueno, pues coje esa vía y va bajando hacia lo

54

que son los chorros de agua, ¿sabe?... ahí mismo es... ¡Váyase saliendo,  
viejo!... ¡Y no me toque!... ¡Y váyase al coño de su madre, y no se  
aparezca más por aquí!...

-Adiós, Josefinita...

-Amén.

MADE IN U.S.A.  
25% COTTON  
Fidelity Bond

Z

Estaban en la cola para entrar al comedor; había flotando un olor a pescado sancochado, a plátano frito, a aceite de maní, a café; sabroso; era una cola larga y ruidosa de más de cuarenta muchachos conversando, jugando. Y estaban también, como los demás, los nuevos; nuevos de un día; había que comenzar a entrar por el aro, a ser parte de este circo donde todo el mundo hace lo que le dicen con sólo los ojos o una señal de la mano o un pito, sin siquiera una palabra... Eso pensaba Aquiles mientras avanzaba despacio detrás de José Armas, a la medida en que iban sirviendo el arroz, el pescado cocido, las papas y una naranja, y café, todo en el mismo perol reluciente y con unos huecos como platos para cada cosa; los conocía del mediodía... "¡Qué

Aquiles podía contar a José Armas lo que dijo Villanueva de él, pero no, porque tampoco era cosa de ponerse a pelear el primer día, y, además, eso se le tiene que respetar a Jesús Villanueva, echón y todo, porque había tenido con él la confianza de hablarle de aquellos reales escondidos, aunque hasta puede que no sea verdad!... "José, agarra el perol"... , y ya estaba José recibiendo la comida de manos de Agustina, una negrita limpia, con mandil blanco y cofia azul, que servía sonriente a los muchachos, uno a uno, como consciente de estar saciando el hambre de tanto hijo, contenta de poder dar algo... "¡Agustina!", por aquí, "¿dónde están las cucharas, Agustina!?"... , Agustina por aquí, Agustina por allá. Y Agustina contenta, sin dientes, riendo con las encías. Y José dio las gracias, y ella le dijo con esa sonrisa dulce de abuela: "de nada, m'hijo", y siguió José hacia un puesto libre en la mesa larga y ruidosa de risas, de palabras, de sorbos, de cucharas contra metal, de perol contra perol, de masticaciones, y luego se le reunió Aquiles con el plato lleno; y ya los dos tuvieron suficiente con acuparse de la comida.

8

-Buenas tardes...

-Buenas tardes, señorita Rodríguez (bueno, de señorita te queda a ti lo que a una gallina queda de pudor en un corral de gallos, que lo que hacen por la mañana y todas las mañanas del año, es cogerse la gallina, uno a uno, todos, porque todos los hombres traemos al nacer, como los gallos, ese instinto abismal, ¡y santo!, de cubrir la hembra; y como si a una gallina le preocupase su reputación!)... siéntese, siéntese... (y me he levantado demasiado apresuradamente para ser yo un médico en su función profesional, y le he ofrecido la silla de las visitas con mi mano, no por nada, sino porque no he sido capaz de hacer otra cosa al ver plantado en la puerta a este hembrón, y lo mismo hubiese hecho acaso con una vieja que viene a contarme sus cosas del nieto que está en la Casa de Observación, pero el mecanismo de mi cuerpo ha sido al ojo lo que una máquina electrónica a un botón, ¡es que estoy joven!, que ya al tocar, ¡y no sé si antes! -por lo que uno intuye en el ritmo del paso,

-¿Correctamente?... ¡no!... (¡espero que no me vengas arrimándote por ese lado, que te doy un carterazo ahí mismo!...)

-Yo comprendo que tuviese reparo en venir hasta aquí, pero yo quiero decirle que no tema nada, ni por su hermano, que está bien- y usted lo va a ver- ni por nosotros, que somos médicos y sicólogos y trabajadoras sociales..., en fin, que estamos para eso, para ayudar a los jóvenes a descubrir esa parte de la vida que es tan importante, y que, sin embargo, ellos no han podido, digamos... destapar por su cuenta, o, si quiere, para hacerles olvidar aquellas partes de la vida que les pesa como una carga, ¿entendido?...

-Sí.

-Y para eso, Rosa, nosotros necesitamos saber del muchacho lo más posible; todo lo que rodea la vida del menor, que en este caso es su hermano...

-Aquiles...

-Sí, Aquiles Rodríguez, que para mí no sólo es un caso, sino una persona; ustedes son cuatro de familia.

-Sí.

-Y les vive su padre.

-¡Yo no tengo padre!

-Bueno, digamos que no cuenta; pero lo tienen... ¿Cómo era él? ¿Lo recuerda?...

-Sí.

-¿Cómo era?

-Malo

-¿Qué sabe de él?

-¡Y eso qué importa!... ¿!Qué tiene que ver esto con lo de Aquiles?!...

-Sí tiene que ver; nosotros tenemos que buscar en todo lo de Aquiles para poder ayudarlo?... ¿Comprende?

-Sí.

-Entonces, dígame lo que sepa de su padre.

-Yo de mi padre no sé; no lo vi nunca.

-Y, ¿por qué no le gustó a usted eso?

-Porque... ¡no dijo la verdad!... ¡El podía haber dicho que tenía una mujer, y que estaba allá... ¿no?!

-Sí, claro...

-Pero no fue eso sólo, sino que después, y pasaron dos años, y él venía cada vez menos, y la plata que traía era muy poca, y entonces comencé a trabajar, ¿sabe?... a coser... Y ganaba algo; no mucho que digamos, pero algo. Y el tío Raúl se enteró, y vino una noche tarde, como a las doce, venía tomado, ¡bastante!, y despertó a todo el vecindario, y por fin le dejé entrar, y entonces quiso acostarse conmigo, y delante de los niños y todo; y ahí mismo se desnudó, y me rompió a mí mi camisón, y todos viendo aquello, Aquiles y Robertico también, y Josefina, por supuesto, y yo no podía con él, y la gente comenzó a reunirse cerca de la casa, y entonces me callé, porque no podía hacer nada, y apagué la luz y lo dejé acostarse conmigo, que no hizo nada, porque no estaba para hacer nada, ¿sabe?...

-¿Y qué pasó en la mañana?

-En la mañana mi tío se disculpó, y dijo que él no podía vivir sin nosotros, que yo hacía mal en trabajar, que donde hacía falta yo era en la casa, con mis hermanitos... Bueno, que montó su llorona, y se quedó a vivir con nosotros otra vez...

-Y ¿usted dejó de trabajar?

-No; él salía a vender su lotería, y no regresaba hasta la noche; y yo entonces me iba a trabajar y ganaba algo más y así vivíamos mejor... Y él se enteró. No por nada, sino porque veía que yo tenía ropa nueva, ¿sabe?...

a un muchacho, y le dice que sí lo conoce, y que está por allá, que él lo vio hace un ratico, y que espere, que él debe venir a jugar beisbol con ellos en un momento; y se sienta, se sienta en uno de aquellos bancos, bajo un mango enorme, donde cantan las chicharras; porque esta tarde hace calor; y le regresa Rosa a la cabeza, porque a él no se le va ese mujer nunca de ahí; y entonces, cuando murió Carmen, él se brindó a ayudar a los chicos, ¡que tenían necesidad, bastante!; primero venía todos los días a traer el diario, y hablaba con los chicos, con todos, y les llevaba lo que podía, y se acercó más a Rosa, por la edad, que ella podía comprender sus problemas, y también porque le gustaba estar con ella; y él le traía un día una falda, otro día un sostén, otro día unas medias, y se quedaba hasta que se acostaban todos en la noche, y le pedía a ella que los vistiese, que los quería ver puestos; y así se ganó a Rosa, que no era difícil; pero todavía no había nada, y pasaron así unos meses; hasta que se cansó de Alicia Campos, que es con la que vivía entonces, pero que era muy grosera y muy mandona y se le estaba quejando todo el tiempo porque él estaba ayudando a los Rodríguez, que eran como sus sobrinos; y entonces, cuando se cansó de Alicia y la dejó, él contó las cosas a Rosa, y ella, que ha sido siempre muy comprensiva, y Josefina estaba muy pequeña, entonces le dijo que se podía venir a la casa, cómo no, y que no podían negarle techo a un tío, sobre todo cuando ese tío les estaba ayudando tanto a ellos, ¿no?, y así, pues que se fuera a la casa aquel mismo día; y él se fue; cojió las pocas cosas que necesitaba, lo demás se lo dejó a la Alicia, que no hacía más que insultarlo, y se vino a casa de Rosa, que era de ella porque era la cabeza de familia. A él le pusieron la cama, una cama que sacó él

88

Rosario, calle abajo, que ahí vive mucha gente y alguien que es chivato le puede ayudar a agarrarlo, sino que coge cerro arriba para el Avila, ¿estás viendo?...; sí; y ahí se esconde hasta la noche, o lo que sea, ¿quién lo agarrará subido en ese monte?!, y luego se baja y se busca una casa...; ¿qué casa?; él me decía que tiene un tío por ahí, por San Juan; ¿quién va a tener ése en San Juan, vale?!...; ése lo que es es un embustero; puede ser, pero ese tipo ya está fuera, libre de ir a tomar un fresco al botiquín, de llegarse casa de Inés y cogérsela por donde le da la gana... ¿no te das cuenta, la libertad?...; ¿qué libertad del coño?!... ¡y para andar huido por ahí!, ¡que eso también tiene su mortificación, ¿no?!... ¿por qué no te fuistes tú con él?...? ¡ah?!...; no, primero que yo sin ti no me voy, porque ya estamos juntos en todo, ¿tu ves?, y luego que... yo ya estoy cansado de esto y quiero ayudar a Josefina y a Robertico; claro, por eso te digo, que andar huido como Villanueva tiene su mortificación, ¡bastante!... ¡no joda!... que si te ve un policía o no te ve, porque te pueden pedir los papeles y no los cargas porque no tienes, que te denuncia un coño, que de todo hay, a veces un amigo, ¡no!... y ¡cuantimás sin dinero!, ¿tú sabes lo que es andar huido y sin plata?!...; no, tú sí; ¿yo?!... ¡si ando así desde que tengo nueve años!... Y José Armas se ve viejo, de golpe, y es que este muchachito ha andado ya mucho mundo, y se está terminando de vestir, porque Aquiles lo despertó tan de madrugada, ¡carajo!, y para decirle que ese marico de Villanueva se acaba de ir... ¡buena vaina!, ¡que se vaya al coño!... ¡y Aquiles no le dice nada hasta que se termina de ir... ¡no j...!, siendo él amigo de Aquiles y no le dice lo que pasa con el loco ese hasta que ha pasado todo... le da ganas de dar ahora mismo una voz: "¡Villanueva se está fugando, se está yendo!", o llegar donde el maestro Quílez, que está de turno, y decirle: "maestro, en estos mismos momentos se está escapando el coño de Villanueva, agárrenlo!"; o puede salir al patio él mismo ahora, y acaso lo ve todavía subido a la mata de mango, tratando de saltar los alambres de pinchos y los cascotes de botella sobre los muros, y entonces gritarle: "¡Villanueva,

te jodiste, te jodiste!", y entonces el que está en el portón, que el que está ahora de guardia en la puerta es Quintero, ése, que es un jodido, abre y corre por fuera hasta donde está la mata de mango y espera abajo a que se descuelgue Villanueva para agarrarlo suavemente, ¡zuás!, en el mismo saltar del marico sobre la carretera... ¡carajo! ¡y qué suerte agarrarlo ahí mismo!... Pero Aquiles, que también es amigo de él (¡y ya no sabe cuánto!) no le dice nada anoche, sabiendo lo que va a pasar, aunque es verdad que él, Aquiles, es entero, y sabe que Villanueva no lo puede ver... y acaso Aquiles ha hecho bien en no decirle nada, porque le quitaron de encima la tentación de joder a alguien; aunque ese alguien, ¡que no es nada!, sea el marico de Villanueva; así es mejor; y se lo agradece a Aquiles, que, por otra parte, se ha portado como un hombre, porque para tener encima algo que le pesa a uno y no soltarlo, sólo por la palabra, hay que ser una dama, ¡carajo!, y eso dice bien de Aquiles, porque eso es mucho hombre... Aquiles, vámonos, vámonos, que ya están formando para el desayuno; ¿te lavastes?; ¡¿si me lavé?!; sí...; ¿cómo nome voy a lavar, vale, si estoy más pulido que una señorita, ¿no ves?; sí; vámonos; entonces, ¿no te importa que no te haya dicho antes lo de Villanueva?; no; es que te sentó mal eso, ¿no?; sí, pero ya no me importa; ¿por qué?; porque no... tú me preguntabas antes, cuando nos estábamos vistiendo, que cómo se sentía uno sin dinero y sin casa; sí; bueno, es que uno aprende a salir de donde se mete, ¿tu ves?, porque uno ve el problema desde fuera y le entra el susto, pero cuando uno está dentro ya no tiene tiempo de pensar en lo mal que está, sino en salir del hueco, y entonces uno se preocupa de buscar la puerta y la consigue, uno aprende a acercarse a la gente y a dejarse caer, así; y uno aprende a saber dónde está cayendo bien y dónde mal, y si estás cayendo mal en algún sitio, pues lárgate, compañero, rápido, ni lo pienses, y si ves que estás cayendo bien, que no estás cayendo mal, que eso es lo que es caer bien, ¿tú ves?, entonces te arrimas y te arrimas, con cuidado, y te haces el pobrecito el pelado, ¿tú ves?, porque a la gente le gusta sentirse por encima de uno, y luego, cuando ellos creen que

mer; ¿quieres más cereal?; no, tengo bastante; cómelo, que yo, de tanto hablar esta mañana, estoy como lleno de aire por dentro, y no he tenido tiempo de comer, toma esto...; Basta...; bueno, come esto también, y... ¿en qué iba?...; en que la gorda te dijo que podías trabajar con ellos en el circo...- y ya el comedor se estaba vaciando, y el ruido de voces y risas por fuera iba creciendo- sí, ¡y que yo sería bueno para vigilar las carpas por por fuera, para que no la cortaran otra vez, y para hacer los mandados!...; ¿bueno, no?...; sí, todo eso, y yo ya sabía que no podía regresar más donde la señora Eulalia, ya te dije, y tenía que buscarme un sitio donde dormir y donde llegar a comer también, a juro...; ¿qué años tenías tú entonces?; doce, y ya estaba grande, no creas... y entonces ella habló con el dueño, que era un señor don Julio, con bigotito, ¡una marica, no juegues!, y él dijo que sí, que se ocupase ella de mí, y... ¡sí que me cuidó, no joda!, porque me puso un colchón al lado del de ella, en la misma carpa, detrás de las jaulas, y antes de acostarme me tenía que meter en su colchón un rato, ¡la gran puta!; ¡te acostabas con ella!...; claro, no te digo, pues, que había que aguantar de todo!..., ¡que todo el mundo se cobra lo suyo, que yo entonces no podía, porque no le llegaba entre aquel chichero a la cuca, con aquel huevito, porque todavía no me alcanzaba más que para la paja, , pero ella me puso de cabeza a mamársela, ¡la puta vieja!...; ¿mamar, que?...; ¡la cuca, carajo!...; ¡con la lengua?!...; ¡claro!!...; ¡eso es verdad?!...; ¡¿verdad?... no jo!!..., y que esa cuca olía a pis y a... ¡no jo!..., y ella me empujaba la cabeza con la mano y me decía: "más adentro, más adentro", y yo ya con aquel saladito en la lengua, metiéndosela hasta dentro, que es cuando se le escapaban aquellos suspiros...; ¡no jo..., y ¿tú le hacías eso?!; se lo hacía, y le gustaba, y eso es bueno para que te quieran las mujeres, porque lo he hecho después, ¿no me lo crees?; ¡yo qué sé!...; y luego, escúchame, me la montaba todos los días, que yo tenía el huevito como una piedra de dura, y a veces me iba por fuera...; ¿qué

quiero decirte es que me gusta que la mujer no sea... ¡grande!, echona, pues, ni que sea fácil de conseguir, sino que sea de un solo hombre, así, mansa, aunque sea templada, que sepa echarle pichón a todo...; ¿eso te parece Josefina?; sí, ¿no es verdad?; sí, es verdad, y ahora que me lo dices sí, me parece verdad, y creo que tú la has conocido muy pronto, ¡eres más vivo de lo que creía!...; ¡cómo va a ser?!...; sí, te digo esto de verdad; bueno, así vas aprendiendo quién soy...; bueno, ¿y qué estábamos hablando de Villanueva?...; sí, de la casa, que él no tiene casa a donde ir...; ah, sí, él me estaba diciendo que no es problema para él, y te lo tengo que decir...por la confianza... que tiene un dinero escondido también...; y aún así, aunque tenga una platica guardada, ¿qué?... ¿tú te irías de aquí así, huido?; no, creo que no, ¿y tú?; no, y creo que lo que hemos hecho es poco y nos dejarán salir pronto, que así nos devuelven la cédula y no hay problema de policía, y si entretanto aprendemos un oficio, mejor, ¿no te parece?; mira, que nos están llamando para la clase... ¡y aún no han descubierto que Villanueva se ha ido!...; no, y olvídate de eso...